

# La plaga

Gustavo Gorriti

## En los tiempos de la guerra, los días del cólera

El cólera avanzaba rápido por la ciudad, por los puertos, por los pueblos del litoral, y más lenta pero letalmente, por las serranías y los campos.

Mandujano terminó de rebobinar el rollo, lo sacó de la cámara y se lo guardó en el bolsillo del chaleco. Su ropa olía a los cuerpos apretados, los dolores íntimos, las penitentes esperanzas de la corte de Texeira. El viejo Volkswagen arrancó esta vez sin darle apuros, y rodó entre el ruido de latas sueltas y empaquetaduras sopladas. Al llegar a Miraflores tomó por una calle lateral a Larco para cortar hacia el zanjón.

Dos mujeres venían caminando por la acera en dirección opuesta al tráfico de autos. Una bordeaba la veintena y la otra los treinta y muchos. Caminaban con paso rápido. De pronto, la más joven disparó un vómito sin dejar de caminar. No fueron más de dos segundos, y el vómito fue un líquido en el espectro entre el marrón y el amarillo que surgió con la fuerza de un surtidor; hacia delante, sin manchar la ropa de la joven. Ninguna de las dos dejó de caminar, ni hablaron entre ellas, ni dejaron de mirar al frente. Fue como si no pudieran parar, o como si no debieran pararse. Como si el vómito explosivo hubiera sido invisible a la sensación de urgencia de sus pasos.

Mandujano llegó a su casa en Zárate, sabiendo que iba a estar solo el día siguiente, se quitó la ropa y se echó a dormir.

Despertó sintiéndose extraño, sintiéndose mal.

Apenas tuvo tiempo de caminar hacia el baño. Poco antes de llegar sintió que un manantial inesperado y enfermo afloraba en sus entrañas, y que, grande y

torrentoso, surgía con la fuerza de un géiser a través de la asfixia y de la angustia, que inundaba su boca y salía expelido, el vómito, chorro visceral.

Cólera. Y estaba solo. No había teléfono en la casa, ni radio.

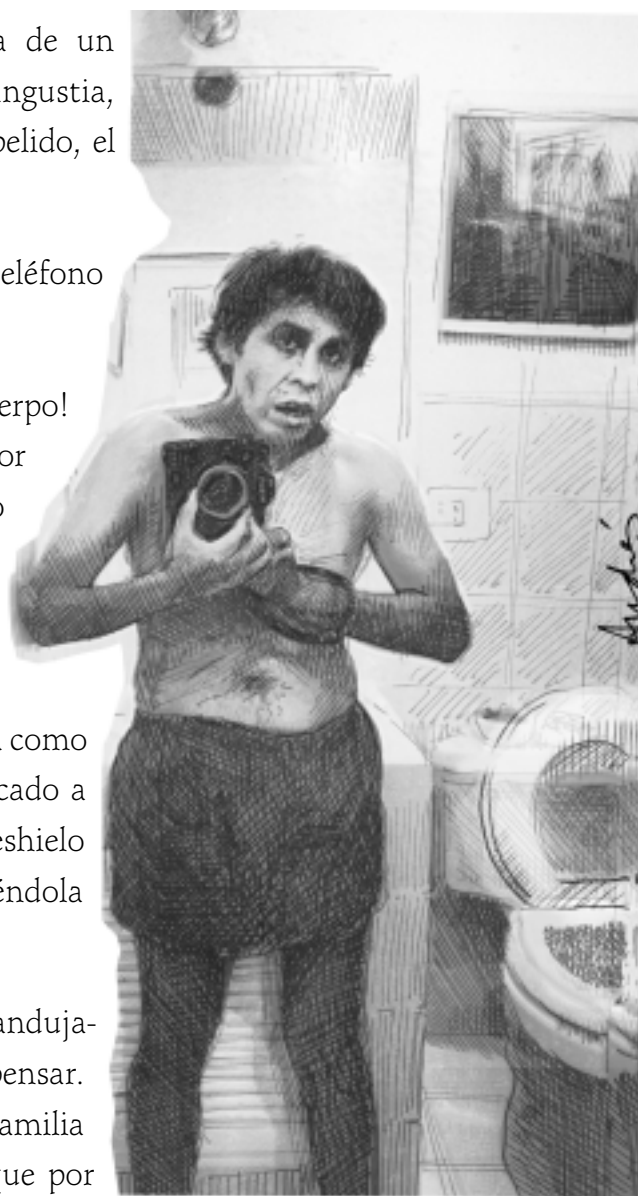
¡Con qué violencia expelía su cuerpo! Chorros apenas intermitentes, por la boca. Y luego, con el tiempo justo para sentarse a toda velocidad, un torrente fue despedido por los bajos.

¿De dónde salía tanto líquido? Era como si todo su cuerpo se hubiese abocado a una licuefacción feroz y que un deshielo enfermo redujera su solidez haciéndola líquido y luego nada.

Durante las horas siguientes, Mandujano apenas tuvo tiempo para pensar. Confusamente supuso que su familia llegaría antes de lo esperado, y que por eso no valía la pena salir a la calle, botando chorros por arriba y por abajo, en procura de auxilio. Pero se le fue el tiempo entre vomitar y cagar, y frecuentemente ambas cosas juntas, hasta que, en medio de la confusión de los espasmos y las arcadas y el desagüe alimentado sin interrupción, sintió que la vida se le escapaba.

Fue un arrebato de lucidez brusca, pero que persistió aun dentro de la languidez y el torpor que sin darse cuenta, ya lo había invadido. Debilidad, debilidad de entrañas, de huesos, de equilibrio. Ya no podía tenerse sentado en la taza del excusado, y se encontró en el suelo, mareado, pero sobre todo con sueño.

Que se le iba la vida... la lucidez retornó envuelta en una sensación crepuscular,



de dejarse llevar, pero diferente. Iba y volvía entre el adormilamiento y la conciencia; y pocos segundos después, una visión persistente le recordó sus cámaras. Quería tenerlas, tomarlas, pero sentía que estaban lejos, no sabía dónde estaban.

Pese a que la languidez se hacía más envolvente, persistía la visión de las cámaras. Sin saber cómo, se encontró haciendo un esfuerzo grande, muy grande, para buscarlas. Salió del baño en un momento de relativa calma excretoria, y avanzó casi inconsciente a su dormitorio. Encontró el maletín al costado de la cama.

Aunque se le iban las fuerzas, Mandujano llegó a sacar una cámara. La memoria de los dedos le indicó la luz, el foco, la carga. Con la cámara sostenida sobre el pecho, colgando del cuello, retornó, sin saber cómo lo hacía ni cuánto tiempo le tomó, al baño.

Tuvo que sentarse en la taza para que se fuera otra descarga. Era mucho lo que botaba, pero ya lo sentía como si le estuviera pasando a otro. Encogiéndose sentado, la piel arrugada y floja, se dejó derramar.

Hubo otro momento de conciencia penumbrosa, junto con un silencio leve de sus entrañas. Levantó la vista y vio el espejo del baño. No llegó a pensarlo claramente, pero clavó los pies en el suelo y se levantó con las rodillas estremecidas por el esfuerzo. Paso a paso se deslizó y bamboleó hacia el espejo. Y por un momento, el espejo le devolvió lucidez, le apartó tinieblas. Miró hacia abajo, para ver el enfoque de la cámara reflejada y comprobó que estaba bien. Levantó las pupilas y se encontró mirando a la muerte.

El ruido del motor de la cámara, entre toma y toma, llenó la habitación. Desde el pecho, sin tapar el rostro que enfocaba, lo congeló en la pura agonía. Rostro que solo miraba, con intensidad, pero sin expresión ni esperanza; violentamente envejecido, impenetrablemente elocuente.

No necesitó enfocar ni apuntar; sin saberlo él, supieron sus manos que las fotos estaban bien.

No regresó a sentarse en el baño. Caminó hacia la puerta, pero no llegó a ella. Al caer, protegió la cámara con las manos. ▲